

MONOGRAFICO

EDUCAR LA LIBERTAD

AUGUSTO HORTAL ALONSO (*)

I. LA ERA DE LA LIBERTAD

La libertad siempre ha sido tema, presupuesto y tarea del vivir humano. Pero desde el Renacimiento la libertad es más que eso, más que una faceta importante de la vida humana: es una de las claves de nuestra forma de vivir y de nuestra forma de entender la vida.

Un autor renacentista nos presenta a Dios creando el mundo y a punto de crear al hombre. El mundo recién creado es un mundo jerárquicamente organizado: cada ser y cada faceta encuentra su sitio en él. Cuando le llega su turno al hombre ya no quedan modelos que imitar, ni tesoros que repartir en herencia; no quedaba en la gran escalinata de los seres un sitio apropiado donde colocar al hombre. Entonces habló Dios a Adán de esta manera:

«A ti, Adán, no te he asignado ningún puesto fijo, ni un oficio peculiar. El puesto, la imagen que tendrás y los oficios que desempeñarás serán los que tú mismo desees y escojas para ti por tu propia decisión. Los demás seres tienen una naturaleza que sigue su curso conforme a las leyes que le hemos marcado. Tú no estarás sometido a cauces angostos; definirás tu propia naturaleza a tu arbitrio...

Te coloqué en el centro del mundo, para que veas todo lo que te rodea. No te hice ni celeste ni terrestre, ni mortal ni inmortal, para que tú mismo, como alfarero y escultor de ti mismo, te forjes a tu gusto y honra la forma que prefieres para ti. Podrás degenerar a lo inferior, con los brutos; podrás realzarte a la par de las cosas divinas, por tu misma decisión...» (1).

El texto sigue con una alabanza de la generosidad de Dios Padre que ha otorgado al hombre la dicha de tener lo que desea y de ser lo que quiera. Desde el Renacimiento la libertad no es una cualidad más de la naturaleza humana, sino pre-

(*) Universidad de Comillas (Madrid).

(1) Pico de La Mirándola, *De la dignidad del hombre*. Editora Nacional. Madrid, 1984, p. 105 (he traducido modificaciones redaccionales en la traducción).

cisamente la raíz que hace humana cualquier cosa que el hombre sea por propia elección. La naturaleza del hombre es no tener ninguna, salvo aquella que él se va eligiendo con su libertad.

En el pasaje citado hay todavía ciertos matices que luego desaparecen. Se dice al hombre que será «casi» libre y soberano artífice de sí mismo; luego se eliminará el «casi». El uso de la libertad decide aquí el destino del hombre con arreglo a un orden cósmico en el que sigue habiendo puntos de referencia jerarquizados: lo superior y lo inferior, lo sublime y lo rastrero. Con el tiempo el hombre con su libertad será para sí mismo su único punto de referencia.

Esta idea del hombre como autor de sí mismo por su libertad no hubiese tenido el éxito que tuvo si sólo hubiese sido el fruto del optimismo exaltado de unos cuantos renacentistas. Lo que ocurrió es que ella fue precedida, acompañada y seguida por un conjunto de transformaciones sociales, económicas y culturales que han marcado la Edad Moderna como era de la libertad:

«Con los burgos empieza a surgir una alternativa al orden feudal. La movilidad social hace que los hombres se sientan desvinculados de los lazos «naturales» y acepten sólo los lazos libremente elegidos. Ya no será el nacimiento y la tradición quienes decidan sobre el lugar del hombre en la sociedad, sino el libre acuerdo entre las partes: el pacto. El pacto pasa a ser la clave explicativa del orden social y político. La lealtad al señor feudal, al propio gremio, a la familia, va a ser sustituida por el acuerdo libre. Las mismas relaciones amorosas ya no son las que vienen impuestas por la cuna, sino las que nacen de la elección.»

C. B. Macpherson ha caracterizado lo que él llama «individualismo posesivo» en los siguientes términos:

«El individuo es esencialmente el propietario de su propia persona y de sus capacidades, por las cuales no debe nada a la sociedad. Lo que hace humano a un hombre es ser libre de las voluntades de las dependencias de los demás. El hombre es libre en el sentido de que no tiene por qué tener otras relaciones con los demás, salvo aquellas que voluntariamente asuma por su propio interés. Desde ahí se entiende que la sociedad consista en una serie de relaciones de mercado. Sólo es justo limitar la libertad de cada individuo mediante unas obligaciones y reglas que sean necesarias para garantizar a los demás la misma libertad» (2).

De esta concepción de la libertad vivimos hoy en muchos sentidos: en lo político, en lo social, en lo moral. La libertad es para nosotros una faceta que vale por sí misma; en cambio muchas cosas humanas dejan de parecernos valiosas cuando no son libres: el trabajo, el amor, la misma fe. A la vez tenemos la experiencia de que la libertad está en la raíz de muchos males. Sin límites ni puntos de referencia vinculantes, la libertad ejercida o reivindicada consolida las desigualdades, legitima las arbitrariedades y caprichos; a la postre está abocada al sinsentido.

(2) C. B. Macpherson, *La teoría política del individualismo posesivo*. Barcelona. Fontanella, 1970, p. 225 y ss. La redacción está ligeramente abreviada y retocada por mí.

Como tantas otras facetas de lo humano, la libertad se deshumaniza cuando se hace de ella un absoluto incuestionado e incuestionable. Es ciega frente a las formas de esclavitud que proceden de los propios deseos e impulsos. Los otros hombres aparecen como estorbo o amenaza para la libertad. Dios mismo llega a ser visto como incompatible con la libertad de los hombres que se afirman frente a Él.

Por eso tenemos que aprender a valorar y a cuestionar la libertad, a ponerla en su sitio. Tenemos que aprender a ser libres frente a nuestros impulsos. Tenemos que capacitarnos para ejercer la libertad como seres solidarios y fieles.

II. EDUCAR LA LIBERTAD

1. *A ser libres se aprende; la libertad se educa*

Cuando los adolescentes apelan a la libertad, lo hacen como si bastase con invocarla para que existiese... en un eterno presente, sin nada que agradecer al pasado que la hizo posible, y como si no hubiese que responder de ella ante nadie en el futuro. Hay que hacerles caer en la cuenta, tendríamos nosotros mismos que saber desde dónde, con quiénes y para qué somos libres.

Hablamos a veces como si para ser libres bastase con que nadie nos estorbase. En un cierto sentido, esto es verdad: no habría esclavos, si no hubiese quien esclaviza a los demás, no habría manipulados si no hubiese manipuladores, no habría oprimidos si no hubiese opresores... Pero, como bien sabían los estoicos, no basta con que nadie nos oprima, esclavice o manipule para que seamos verdaderamente libres.

La libertad no es producto espontáneo, ni es lo primero que nace en el hombre; es fruto tardío y problemático de la educación y del ejercicio que la posibilita y pone en práctica. La libertad es un bien humano difícil, precario, para el que hay que prepararse, que hay que proteger, cuidar y reivindicar; nunca lo tenemos del todo garantizado ni frente a las amenazas exteriores, ni frente a las ataduras interiores, ni frente al sinsentido. La libertad no crece espontáneamente; se aprende, se educa, se formenta, o se bloquea, se estanca, se falsea, etc. Hay un tipo de educación que coarta, dificulta y trata de impedir el ejercicio de la libertad. Pero sin algún tipo de educación, tampoco hay libertad. A ser libre se aprende.

A educar para la libertad también se aprende. Unas veces creemos que dando libertad en cualquier momento estamos educando para la libertad. Otras veces pensamos que nunca ha llegado el momento de dejar espacios de libertad al educando. La clave habrá que buscarla en un planteamiento evolutivo diferenciador. Cuando se deja libertad antes de tiempo, lo que se produce es desconcierto; y ese desconcierto hace del educando carne de servidumbre: se le deja a merced de las seducciones o manipulaciones del medio social y cultural, que las tiene en abun-

dancia. Cuando bloqueamos el ejercicio de la libertad posible en ese instante, estamos perpetuando dependencias o provocando rupturas reactivas.

En algún momento y con respecto a alguna faceta habrá que dejar en libertad, asumiendo cierto grado de desconcierto inicial para educar en la capacidad de superarlo y en la capacidad de resistir a las seducciones. Es mejor a veces no pretender ahorrarse de antemano todos los males que se puedan seguir del ejercicio de la libertad; saber esperar y crear un ámbito donde se pidan después responsabilidades o se ayude a reflexionar.

La confianza básica, la disciplina, las habilidades, la estima de los otros y la autoestima, el cultivo de las peculiaridades individuales compatibles con la convivencia, la capacidad para estar solo y para trabajar solo, la autonomía..., todo eso potencia la libertad y debe estar presente en una educación para la libertad. No es verdaderamente libre el que no sabe hacer más que lo que le da la gana, sin capacidad de hacer un esfuerzo por algo que le merezca la pena, sin saber retrasar un deseo inmediato por un objetivo a medio o largo alcance, sin capacidad personal para saber lo que quiere, quererlo de veras y llevarlo a cabo con constancia y pagando el precio de esfuerzo y espera (mediaciones) que realísticamente haya que pagar. De esto se habla poco cuando hoy se habla de libertad.

No hay libertad sin deseos. Sólo ellos ponen en marcha el dinamismo de nuestras búsquedas y opciones; sólo los deseos y motivaciones nos hacen ir configurando las diferencias entre unas opciones y otras. No hay libertad sin deseos y motivos; pero cuando los deseos se vuelven compulsivos bajo los mecanismos de seducción de una sociedad orientada al consumo, entonces está en peligro la libertad; se convierte en mero pretexto para satisfacer los deseos de la carne, que diría San Pablo.

Por eso no hay libertad sin una cierta ascética de los deseos. Esta ascética necesaria para llegar a saber qué se quiere, a qué se renuncia queriéndolo, y cómo unos deseos tienen que subordinarse a otros. Hay tiempo y posibilidades para casi todo, pero no se puede tener todo a la vez: hay un tiempo para estudiar y un tiempo para divertirse, para hablar y para callar, para consumir y para producir, para romper ataduras y para generar nuevos lazos, etc.

2. De la libre lucha competitiva a la libertad compartida y solidaria

Cuando hoy se trata de libertad, casi siempre se la entiende como independencia. Quien exige libertad busca verse libre de interferencias o coacciones de los otros. En el proceso de aprender a vivir como hombre adulto hay siempre momentos de ruptura de vínculos. Sin eso el individuo se estanca. Una educación excesivamente proteccionista que no apoya y facilita los progresivos desasimientos y despegos, bloquea el desarrollo humano. Para facilitar esas rupturas necesarias hay que desarrollar el sentido crítico y la capacidad de generar alternativas frente a un ambiente que no responde a lo que uno quiere y busca.

Este tipo de libertad habrá que seguir fomentándolo en la educación, naturalmente no sólo frente a los padres y educadores, sino también frente a las seducciones de la sociedad de masas y frente a los gregarismos generacionales. Como dice Dostoiewski: «No hay preocupación más constante y hostigadora para el hombre libre que la de buscar un objeto o un ser ante el cual prosternarse».

Para ser libre hay que ser capaz de romper vínculos, de quitarse las redes y cadenas que nos esclavizan. Pero ser libre supone también la capacidad para aceptar los vínculos constitutivos de nuestro ser y, por tanto, de nuestra libertad. Y ser libre supone también la capacidad de establecer nuevos lazos, vínculos con personas y con causas a las que libremente nos vinculamos y con las que adquirimos un compromiso de fidelidad. Libre no es el que cada día se plantea si quiere seguir queriendo a los que quiso el día anterior, sino el que en el ejercicio libre y prolongado de su capacidad de amar y de entregarse llega a no poder dejar de querer a los que quiso y sigue queriendo. Libre no es el indeciso, sino el que ha decidido y con su decisión se ha dado a sí mismo su propia determinación. Por eso educar la libertad consiste no sólo en enseñar a romper, sino también a reconocer, a generar y mantener vínculos y compromisos.

Esto se ha hecho hoy particularmente difícil, y por eso mismo casi incomprendible. En un mundo en que los valores de todo tipo son cuestión de preferencias arbitrarias, no hay criterios compartidos vinculantes para juzgar entre las preferencias de unos y las de los otros. En caso de conflicto no habrá modo de establecer quién tiene razón o qué preferencias deben prevalecer. Mi libertad y la libertad del otro para cambiar de preferencias, hacen que el que hoy coincide conmigo, mañana pueda ser una seria amenaza para llevar a cabo mis propósitos. El otro es un rival que sólo ocasionalmente puede convertirse en aliado frente a otros rivales. Quedan con ello minadas las bases de la confianza y de la fidelidad mutuas. Tan sólo el derecho establecerá unas reglas de juego que permitan coordinar espacios de libertad tanto para las preferencias coincidentes como para las contrapuestas. Marx decía que en la sociedad burguesa la libertad del individuo no puede menos de ver en los otros hombres no ya la realización, sino la limitación de la propia libertad.

Sin embargo, realizarse plenamente como seres humanos es algo que hacemos no sólo contra o a pesar de los otros hombres, sino con ellos, ayudándonos mutuamente, compartiendo con ellos un destino común de mil maneras. La misma libertad sólo es real cuando los otros la hacen posible, y sólo tiene pleno sentido cuando la compartimos. Siendo esto así, no nos sentiremos libres del todo, mientras seamos libres sólo unos cuantos. No es del todo libre el que sólo es libre ni el que es libre solo. Eso nos invita a ser solidarios en hacer real entre todos la libertad de todos.

La gran experiencia de libertad del cristiano es la de verse libre de los ídolos y capaz de amar; libre de la idolatría de una libertad arbitraria, egoísta, insolidaria, vacía, y capaz de entregarse libremente al servicio por amor. Cristo nos ha liberado. Y en la comunidad cristiana la libertad de cada uno puede ser liberadora para todos los otros. Uno no es del todo libre hasta que su hermano no lo es también. El otro posibilita y potencia mi libertad y yo la suya. Las libertades se

suman cuando se comparten. Nuestros procesos educativos tendrían que ofrecer una alternativa a la cultura del individualismo posesivo y estimular el ejercicio solidario de una libertad compartida, en la que mi libertad potencia la libertad del otro y viceversa.

En un famoso escrito sobre la libertad del cristiano decía Lutero que un cristiano es alguien que es dueño y señor de todo, capaz de disponer libremente de todas las cosas; no está sometido a nadie ni a nada. Y añadiría que, a la vez, un cristiano es un esclavo y servidor de todos, capaz de someterse a cualquiera. Con esta doble afirmación Lutero trataba de exponer la paradoja de la libertad que, a ejemplo de Cristo, se hace servicio, haciendo consistir su señorío en un amor hecho servicio y entrega incondicional a cualquier hombre.

Contrasta esta forma de entender y vivir la libertad con la que impera en nuestra cultura del individualismo posesivo. Hoy podríamos utilizar la paradoja de Lutero para expresar las contradicciones de la libertad en nuestra cultura actual: Nunca se ha hablado tanto de libertad para encubrir y glorificar tantas servidumbres y tantos servilismos. El hombre actual es alguien que se proclama a sí mismo libre y señor de todas las cosas, no sometido a nadie ni a nada; pero que en realidad es un esclavo servil de cualquier cosa, de cualquier moda, de cualquier grupo...

3. De la libertad religiosa a la libertad religada

En la era de la libertad, la religión es una faceta más de lo humano que es apreciada si es libre y despreciada si es fruto de la inercia social, del miedo o de la ignorancia. Hoy no se acepta la religión impuesta; tampoco tiene buena prensa la religión heredada, aprendida desde la infancia. Desde la Ilustración se viene pronosticando la progresiva desaparición de la religión, precisamente porque se pensaba que a medida que fuese avanzando la razón y la libertad, la fe religiosa se iría haciendo problemática e iría desapareciendo. Esto no ha ocurrido así. Más bien la fe en la razón, en la ciencia, y en la libertad y en el futuro de la humanidad, se han hecho igualmente problemáticos.

Esto nos debería aleccionar a todos, pero especialmente a los cristianos, a no contraponer el futuro de Dios y el futuro del hombre, el futuro de la religión y el futuro de la libertad. A veces hemos caído en la trampa y hemos visto la libertad como amenaza para la religión, lo mismo que otros han visto la religión como amenaza para la libertad. Para empezar tenemos que aprender a ver la religión con los ojos de la libertad (libertad religiosa) y la libertad con los ojos de la religión (libertad religada).

La religión sin libertad es rutina, esclavitud. Para el cristianismo no hay verdadera religión sin libertad. La pertenencia al nuevo pueblo de Dios no viene dada por los lazos de sangre, sino por la fe, por la adhesión personal libre a la oferta de Dios en Cristo. La libertad es don de Dios; somos hijos libres de un Padre libre.

Por otra parte, la libertad sin religión está amenazada por la arbitrariedad, la deshumanización, el sinsentido, y la recaída en múltiples formas de servidumbre. El hombre dejado a su arbitrio es arbitrario, no sabe qué hacer con su libertad; hace lo primero que se le antoja, porque en el fondo da lo mismo lo que haga, o entrega su libertad al primero que le da seguridad y le soluciona los problemas.

La libertad no puede consistir en pura autoafirmación vacía; hay que aprender a reconocer y asumir las religaciones de nuestra libertad, las fidelidades que le dan sentido y contenido humano. ¿De qué sirve la libertad de pensamiento y de expresión que garantizan las constituciones democráticas si sólo somos capaces de pensar por cuenta ajena? ¿De qué sirve la libertad de asociación si cada cual va a lo suyo y vive a los demás como estorbo? ¿De qué sirve la libertad de convicciones si no existe capacidad para tener convicciones que vayan más allá de las preferencias oportunistas y conformistas? ¿De qué sirve la libertad de elección si no sabemos qué elegir, estamos confusos, perplejos, indecisos? ¿Merece la pena optar por algo que mañana vamos a volver a poner en cuestión sin otra razón que la de mantener nuestras opciones permanentemente abiertas? ¿De qué sirve la libertad religiosa sin la capacidad de religarse, vincularse a Dios?

Ni podemos abdicar de la libertad que Dios nos dio, ni podemos quedarnos en una autoafirmación de la libertad frente a Dios e insolidaria con nuestros hermanos los hombres. Jesús vivió la libertad del Hijo haciéndose Siervo, enseñándonos con ello que los siervos hemos sido hecho hijos (*liberi* en latín), hemos sido liberados. La libertad llega a su plenitud cuando se encuentra la sintonía entre la voluntad de Dios y la libre disposición de nuestras vidas, cuando queremos lo que Dios quiere para nosotros y lo que Dios quiere hacer o padecer a través de, en nosotros.

Quien entrega así su libertad, no se queda sin ella. La entrega viviéndola según el plan de Dios. El ejercicio concreto de la libertad no sólo no es algo contrario a Dios, sino algo recibido de Dios que le devolvemos viviéndola hasta el fondo, también con sus fragilidades, torpezas e incertidumbres. Hacemos entrega de la libertad haciendo pleno uso de la misma.